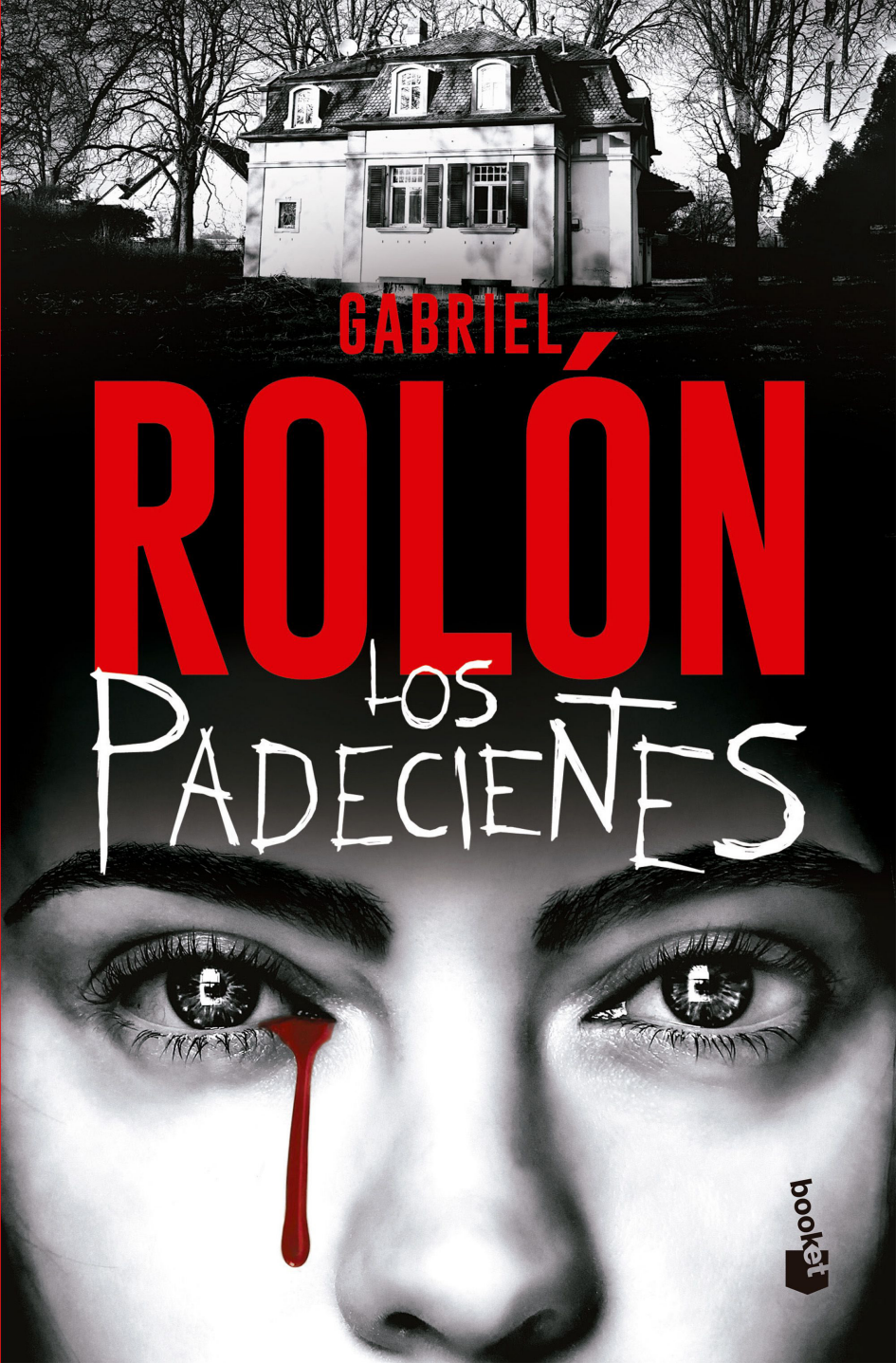
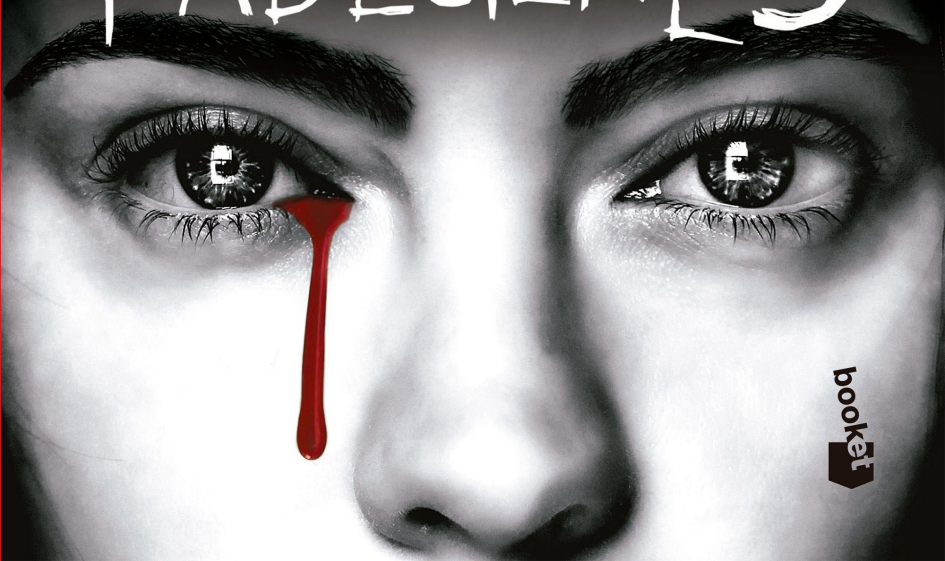




GABRIEL,

ROLÓN

LOS
PADECIENES



booket

Gabriel Rolón

Los padecientes

PRIMERA PARTE

(El Llamado)

|

Pocas cosas se parecen tanto a la muerte como el silencio y él lo sabe. En donde no hay lugar para las palabras aparece el sinsentido, lo inabordable. Eso que es imposible de hablar y que se pierde en una oscuridad sin nombre. Sólo un dolor mudo y lacerante se levanta como última barrera frente a la locura. Por eso su trabajo lo apasiona, lo seduce. Cada paciente representa un nuevo laberinto y en cada historia se despliega una angustia que clama por ser llamada. Y, extraña paradoja, la angustia sólo se silencia con palabras.

La angustia. Su compañera permanente, la que desde siempre ejerce sobre él una atracción casi patológica. Como esas parrillas eléctricas de luces azules que en las antiguas pizzerías atraían a los insectos hacia la muerte. Así. La angustia lo fascina y lo cautiva.

Tal vez no otra cosa lo impulsó a ser analista, más que intentar hacer algo por esa angustia que a los pacientes les resulta intolerable y a él, irresistible.

Su padre había tenido una infancia difícil, casi indeseable, y Pablo aún recuerda las noches en las que se quedaban conversando a solas. Con ojos asombrados escuchaba cómo le hablaba de una niñez carente y amenazada casi con cariño. Pero él sabía que detrás de la aparente aventura de dormir en la calle o de los códigos de reformatorio, se escondía la

angustia. Por eso se quedaba hipnotizado escuchando el relato. Imaginando a su padre-niño temblando de miedo por las noches, indefenso ante un destino injusto.

Pablo no tendría más de ocho o nueve años la primera vez que se preguntó si alguien habría escuchado ese dolor que recorría el relato de su padre y del que ni siquiera él mismo parecía darse cuenta. O, tal vez, prefiriera no darse cuenta. No es sencillo aceptar que nos han dejado solos. La soledad es también otra de las máscaras de la muerte y Pablo lo sabe muy bien, porque también está solo. Y no es casual que piense en su padre justo hoy. Lo necesita.

Hace exactamente un año que no ve a Alejandra y el dolor le atraviesa el cuerpo. Su padre hubiera sabido qué decirle o, al menos, cómo contenerlo. Desde su muerte, Pablo no ha podido descansar en nadie más, y hoy esto le está costando demasiado. ¿Cuánto hace que no permite que nadie lo abrace cuando está mal, cuánto hace que no llora?

Su padre fue un hombre de mirada franca y segura que siempre intuía sus estados de ánimo y que se sentía con derecho a cuestionarlo, porque sabía que podía contenerlo. Todavía recuerda sus brazos fuertes, su palabra firme y afectuosa. Pablo lo extraña de un modo casi infantil, inexplicable y sufriente. Como la extraña a ella. Ella y su sonrisa inocente, ella y su sexo violento, ella y su maldita inteligencia.

Un día, hace justo un año, Alejandra guardó sus cosas, se metió en su cama y se le entregó de un modo desesperado. Al terminar se quedó llorando abrazada a él. Cuando Pablo despertó, ya no estaba.

Pero ellos no jugaban al misterio, por eso antes de irse le dejó en un papel sobre la mesa una dirección y un teléfono. Al leerlo, Pablo se dio cuenta de que Alejandra se iba de la ciudad. Pensó un momento intentando comprenderla. ¿Tanto

la había lastimado como para que decidiera dejar todo lo que había construido hasta entonces, su familia, sus amigos y su trabajo, sólo para alejarse de él?

Sabe que sí. Aunque le cueste reconocerlo, no puede engañarse. Es consciente de que los dos se lastimaron mucho. Él con su sinceridad hiriente, buscando siempre llevar todo hasta el límite, forzándola hasta que no pudiera más, jugando perversamente con el dominio que ejercía sobre ella.

Alejandra, por su parte, lo amó de una manera incondicional y enferma y cedió a los peligrosos juegos que él le proponía.

Aquella última noche, Pablo miró sus pechos, su pubis, besó y tocó cada parte de su cuerpo como si quisiera guardarla para siempre en la memoria de su boca y de sus manos. Y ella se dejó mirar, se dejó tocar, fue un poco su juguete, lo dejó hacer a su antojo y, como siempre, disfrutó con eso.

Porque gozaba al ver la cabeza de Pablo entre sus piernas mientras la besaba, o al sentir cómo se movía dentro de ella mientras su boca le mordía el cuello de un modo casi animal. Pero lo que más disfrutaba era mirarlo en el instante final, gimiendo, con ese gesto entre placentero y dolorido que tenía durante esos pocos segundos. Quizá porque ése fuera el único momento en el cual podía verlo tal cual era, sin disfraces, totalmente despojado de corazas e imágenes inventadas.

Entregado a ese placer doloroso, Pablo dejaba de ser el intelectual brillante, el psicoanalista agudo que siempre tenía la respuesta justa para cada pregunta y el control sobre todas sus emociones. En ese trance él era solamente Pablo, un hombre que gozaba desesperadamente y al que sólo ella era capaz de hacer sentir de esa manera.

Pero, desgraciadamente para Alejandra, también él tenía el poder de descontrolarla, de llevarla en un instante del placer a la angustia. Quizá no fuera otro el motivo por el cual

había decidido dejar su casa de Buenos Aires para instalarse en aquella pequeña ciudad a más de mil kilómetros de todo lo que hasta ese momento había sido su vida. Tal vez sólo había sido la esperanza de que cada uno de esos kilómetros la alejara de Pablo y del dolor y la degradación que él era capaz de causarle.

Porque a su lado, también ella dejaba de ser la mujer lúcida y sensible para convertirse en una hembra que se sometía totalmente a todos sus caprichos. Y los disfrutaba.

Por eso esa noche, cuando todo concluyó, se quedó hecha un ovillo sobre la cama, llorando en silencio. Porque ya no habría más Pablo para ella.

Sabía que iba a extrañarlo con desesperación, pero sabía también que era imposible intentar algo más. Ya se habían lastimado demasiado. Alejandra no había podido hacer nada por evitarlo e, inmersa en el juego, también lo había herido. Muy a su pesar, aun a costa de su inocencia, de su verdad. Estaba arrepentida, pero ahora ya era tarde.

Por eso, al irse, no quiso despertarlo. Se vistió en silencio y apenas si atinó a mirarlo antes de salir del cuarto. Afuera una persistente llovizna caía sobre Buenos Aires y los relámpagos iluminaban el cielo. Adentro, un hombre, su hombre, lloraba desnudo y desgarrado sobre la cama.

Cuando salió a la calle el frío de la noche le pegó en la cara. La garúa era continua y helada. Metió la llave dentro de un sobre con su nombre, lo tiró en el buzón de la entrada y se fue de su vida para siempre.

Hace un año.

El tiempo es implacable.

II

Pablo mira su reloj. Son las nueve de la noche y, por lo general, a esa hora despide al último de sus pacientes. Sin embargo, acaba de ver a una persona en la sala de espera. La mira y le sonríe cortésmente antes de volver a entrar en su consultorio. Helena, su asistente, lo sigue.

—¿Quién es? —pregunta Pablo.

—Es la chica de la cual te hablé hoy a la mañana. Me dijiste que le diera un horario para una entrevista.

—Sí, pero ¿a esta hora?

—Me dijo que era urgente.

—Ya sabés cómo es esto —le dice—: siempre es urgente.

—Sí, pero de verdad la noté muy angustiada. Me dio pena.

—¿Y yo, no te doy pena? Acabo de llegar de un viaje de trabajo y hoy es un día especialmente difícil. —Hace una pausa casi imperceptible. —Vine desde el aeropuerto directamente hacia acá. Extraño mi cama y necesito descansar. ¿O vos pensás como todos que a mí nunca me pasa nada y estoy siempre bien?

—Para nada. Si hay alguien que te conoce en este mundo soy yo. Es más, a veces creo que vos no necesitás una asistente y que estoy aquí porque lo que en realidad precisás es tener cerca a alguien que te quiera y te cuide.

Pablo deja escapar una sonrisa.

—Ah, no... mirá que el analista acá soy yo.

Silencio.

—¿Entonces, qué hago con la chica? Si querés le digo que me equivoqué al darle el horario y te la paso para otro día.

—No, está bien —responde luego de un breve silencio—. Hacela pasar y andate que es tarde.

—Puedo esperar a que termines.

—No, no hace falta. Además yo sé lo que es tener ganas de volver al hogar —le dice con ironía.

—Pero para eso, primero hay que tener un hogar al que volver ¿no? —contesta Helena al tiempo que le da un beso—. Y vos, desde que se fue Alejandra... —interrumpe la frase, hace un gesto de negación con la cabeza y se retira.

La ve irse y sonrío. Si hay alguien que puede decirle cualquier cosa, esa persona es Helena. Porque Helena es mucho más que su asistente. Es su amiga desde aquellos años de la secundaria. Mucho antes de que él se convirtiera en un reconocido psicoanalista. Desde aquella época en la cual lo llamaban “Rubio” y no “Licenciado”. El apodo de rubio nada tenía que ver con su aspecto, Pablo era morocho, sino con su apellido: Rouviot.

Pablo recuerda haber estado perdidamente enamorado de ella cuando tenían quince años, pero Helena jamás pareció corresponderle y él nunca le dijo nada. Volvieron a encontrarse a los treinta y cinco en una noche fresca de abril. Él ya era psicólogo y la publicación de su primer libro había generado un gran revuelo entre sus colegas. Y fue justamente a la salida de una de sus conferencias que se produjo el reencontro. Pablo se estaba yendo cuando escuchó una voz que lo llamaba con aquel apodo que ya casi había olvidado.

—Rubio...

Se detuvo sorprendido y se dio vuelta. Entonces la vio. Al

principio le costó reconocerla. Si bien era aún muy joven, se la veía cansada y desgastada. Pero en aquellos ojos que siempre parecían estar sonriendo, reconoció a su vieja amiga.

—No me digas que estoy igual porque no te voy a creer —enunció Helena en voz baja. Y él no se lo dijo. Se miraron en silencio unos segundos hasta que ella volvió a hablar. —Rubio, me da vergüenza aparecerme así, de golpe, después de tantos años. Pero la verdad es que no vine a escuchar tu charla.

—¿Ah, no?

—No, si yo de psicología no entiendo nada.

Pablo sonrió.

—¿Entonces?

Ella se mordió el labio inferior a la vez que bajaba la cabeza. Le costó hablar.

—Sé que te está yendo bien, que sos un tipo exitoso y... Tengo una nena, ¿sabés? Se llama Juliana y... estoy sola... cosas de la vida. —Helena carraspeó antes de continuar. Levantó la vista y lo miró fijo, con una mirada cansada y dolida. —Rubio, necesito laburo.

Podía reconocer fácilmente la angustia cuando la tenía enfrente, estaba entrenado para eso. Pero ésta no era cualquier angustia, era la angustia de Helena. Pablo se quedó mirándola y cientos de imágenes pasaron por su cabeza. Se le acercó y la acarició con ternura.

—¿Tenés tiempo? ¿Te puedo invitar a cenar?

Ella asintió sin decir palabra.

Y a partir de esa noche se convirtió en su asistente. Y qué bien lo había hecho. Tanto que Pablo ya no sabría qué hacer ni cómo organizarse sin su ayuda. Dos años más tarde Helena conoció a Fernando, un empresario con el cual negoció una serie de conferencias que le dejaron a Pablo un buen ingreso económico y a ella, un gran amor. Ya no necesitaba trabajar, pero se había encariñado con la cercanía de aquel amigo que,

sin que ella lo imaginara, alguna vez la había amado. Los mates de la mañana, la agenda inmanejable, las excusas cotidianas, pero sobre todo la amistad se le habían vuelto una sana costumbre. Por eso decidió quedarse.

El ruido de la puerta al cerrarse le indica a Pablo que Helena se ha ido y le recuerda que en la sala alguien lo espera. Una mujer joven. Le pareció bonita. Aún no sabe su nombre.